

El campo

Hernán Vergara

Para mejorar la distribución de la población es preciso aumentar la habitabilidad del campo. No es sólo cuestión de que “El campo vuelva a ser negocio” como viene ofreciéndolo un slogan publicitario de la Caja de Crédito Agrario desde hace varios años, mientras el campo sigue bajando como rentabilidad respecto de otras actividades. Ciertamente, el trabajo y la inversión en el campo, en cuanto negocio, ha de volverse menos malo para que siga subsistiendo, pero esto no podrá lograrse con alicientes exclusivamente económicos. Antes que ser un buen negocio, el campo ha de ser un *habitat* deseable, y es mejorándose como *habitat* como podrá mejorarse en cuanto negocio. Los indígenas pudieron hacer de la selva su *habitat* igual que los animales silvestres por la baja densidad de población y la limitación de sus aspiraciones, en cuanto a calidad de la vida, en un proceso dominado por el protagonismo de la naturaleza. La transformación del campo en *habitat* para el hombre moderno, requiere que el protagonismo de la naturaleza sea sustituido por el protagonismo del hombre, pero no cualquier protagonismo humano. Tiene que ser uno superior al que genera el crecimiento de las ciudades. Es aquí en donde las motivaciones naturales, civiles o psicológicas resultan inferiores a la necesidad de aminorar, ya que no es pensable invertir, la tendencia migratoria de los campesinos a las grandes ciudades. El simple espíritu cívico o de progreso no da para tanto. Se requiere la intervención de ese espíritu que “*llevó a Cristo al desierto para ser tentado*” (Mt 4, 1) y por el que Cristo venció las tentaciones del desierto. El mismo espíritu que ha poblado varias veces los desiertos y las soledades de los campos durante la historia del cristianismo, transformando lugares inhabitables en polos de habitabilidad. El simple espíritu de “superación” o de progreso produce “cerebros fugados” y una muestra de lo que ese espíritu significa en términos de solidaridad humana es lo ocurrido con el decreto que el presidente Betancur dictó para estimular la repatriación de los “cerebros fugados”. Cientos o miles de éstos aprovecharon la oportunidad para introducir al país sin impuestos mercancías de prohibida importación o para vender sus cuotas de importación a residentes en el país. Una vez realizado el gran negocio, incluyendo un fraude con carros de lujo por valor de 1.100 millones de pesos, regresaron a sus sedes en el exterior. Tal premio a la migración hacia las metrópolis contrasta con el abandono a quienes han quedado en los campos.

El desarrollo que el campo colombiano ha tenido ha sido en su mayor parte subsidiado con rentas obtenidas en otras actividades. Su mayor auge correspondió a un tiempo en que el impuesto a la renta estuvo gravando la totalidad de utilidades sobre inversiones distribuidas entre el campo y otras actividades. Con la adscripción de cada renta a su respectiva inversión quedó interrumpido ese traslado de utilidades a las inversiones no rentables o menos rentables del campo. Después han venido introduciéndose formas de subsidio estatal para las actividades agrarias siguiendo el modelo de países desarrollados. Esta necesidad de un subsidio económico es secundaria con relación a la necesidad de subsidio espiritual. La vida del campesino ha sido tradicionalmente sórdida, marcada por el asilamiento, la incomunicación, la desconfianza, el fatalismo frente a las enfermedades y a toda forma de adversidad. La

civilidad aparece como un efecto del *roce social* obligado por la alta densidad demográfica de la ciudad. Cuando se piensa en la necesidad de un subsidio espiritual habría que pensar en la Iglesia. Así como se piensa en los bancos para conseguir dinero, habría que pensar en la Iglesia como banco de recursos espirituales. La tan mencionada “redención del campo” debe asegurar ante todo su transformación de *hábitat* para gentes aisladas, incomunicadas, desconfiadas, en lugar de vida comunitaria y fraternal. Para conseguirlo, se requiere un gran movimiento *misionero*, entendiéndolo como traslado de recursos espirituales de los centros desarrollados en donde se acumula espiritualidad (universidades, órdenes religiosas, movimientos eclesiales), a los lugares donde la vida es más sórdida. Un movimiento inverso al de los “cerebros fugados”, en contravía a las tendencias humanas de “superación”, inspirado en el movimiento de la encarnación de Dios que “*se hizo hombre y hábito entre los hombres*” (Jn 1, 14). Una *inversión* de vida espiritual en terrenos de vida sórdida que reproduzca el movimiento por el cual Dios ha invertido su divinidad en terreno de humanidad.

Este tipo de misión encontraría a la Iglesia inhabilitada por su identificación con el culto. Llevar la Iglesia al campo sería entendido como levantar capillas en donde los ministros ordenados celebrarían la Eucaristía y administrarían los sacramentos. Esto se estuvo haciendo especialmente cuando hubo gran cantidad de vocaciones sacerdotales. De lo que se trata en esta peculiar misión es de redimir el modo de vida sórdida de los campesinos mediante modos de vida fraternal, comunitaria, o eclesial de quienes viven en el campo y viven del campo con su trabajo de campesinos. Redimir la vida campesina mostrando que puede ser una vida espiritual, cristiana, sin dejar de ser campesina. Esto no puede lograrse mientras la Iglesia se haga presente exclusivamente como proveedora de culto y de sacramentos.

En el Antiguo Testamento, el culto aparece después de la historia de salvación relatada en el Éxodo, y referido a reiterar esa historia como recuerdo y como actualización de los hechos fundantes del pueblo de Dios. Historia salvífica y culto son dos momentos diferentes que se reciclan mutuamente: se va al culto por que se ha vivido una historia, y se vuelve a vivir una historia por que se ha ido al culto. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento con la Eucaristía o la Cena del Señor. Cristo recapitula en esa cena su vida de estudio de las Sagradas Escrituras, de observancia de la Ley, de amor y de servicio a los hombres y de comunicación con su Padre, y parte de allí para protagonizar su pasión, su muerte, su resurrección, su retorno al Padre. La comunidad apostólica inscribe la celebración de la Eucaristía entre dos semanas de protagonismo histórico. El culto y la actuación como hombres que tienen que ganar su vida con el trabajo, se reciclan mutuamente. Si a poco de andar, la comunidad introduce diferenciaciones como la de los apóstoles “*para la predicación y la oración*” (Hch 6, 4) y a los diáconos “*para la administración de los bienes*” (cf. Hch 6,3), ni los que oran o predicán, ni los que trabajan, se representan a sí mismos sino a la comunidad. La separación que hoy existe entre el culto con los ministros consagrados de una parte, y de otra el trabajo y la procreación con los laicos, ha separado el culto de la vida y ha *profanado* el trabajo y la vida sexual.

Solamente la Iglesia puede asumir esa misión, pero ha de revisar, por quienes se sintieran llamados a hacerlo, aspectos claves de su actual configuración. A la cabeza de esa revisión yo pondría el vínculo de la Iglesia con la producción agropecuaria, en cuanto que el problema del campo está determinando los procesos de más incidencia en el futuro. El punto contempla la relación del cristianismo con la producción en general, y con esta peculiar producción en particular, pero el cristianismo no funciona como instancia anónima sino apersonado por protagonistas bien identificados. En Colombia tenemos a la Iglesia católica y a las sectas. Excluyo la posibilidad de que la tarea contemplada pueda ser realizada por las sectas por razones que no vienen al caso mencionar, y me circunscribo a la Iglesia. De entrada encontraría la necesidad de cambiar la identidad de Jerarquía y clero que es la vigente en los medios de comunicación por una identidad comunidad unitaria o, en términos del Concilio, identidad del Pueblo de Dios. La Jerarquía y el clero, o los ministros ordenados, son identificados sociológicamente como clase no productiva, en contraposición a las clases productivas constituidas por los laicos. Esta identificación de clase productiva desidentifica a los laicos católicos en cuanto a Iglesia. La Iglesia tendría que trabajar simultáneamente por adquirir una identidad sociológica integrable entre “las fuerzas productivas” y por adquirir una identidad sociológica comunitaria, sin división de clases en su interior, lo que equivale a abandonar las identidades tradicionales de clero y laicado, ya sea como aditivas o aún como complementarias. Menciono la índole sociológica de las identidades para destacar el aspecto histórico por cuanto la Iglesia, doctrinariamente, en su ser teológico, es una comunidad, el pueblo de Dios, y nada más que una comunidad. Por lo demás, los dos objetivos son convergentes, pues la Iglesia sólo puede llegar a identificarse históricamente como una fuerza productiva en la forma de *comunidad productiva*. Es, como se dice popularmente, “hacer una ida y dos mandados”. En esta doble configuración o identidad de comunidad productiva es posible recuperar el sentido original y dinámico del culto, su función en la génesis de vida cristiana, su referencia a lo cotidiano. En el estado actual de cosas, los ministros consagrados se ven buscados por los campesinos para el bautismo de sus niños, dentro de un sentido mágico de rito protector contra enfermedades, maleficios y otros peligros; para el culto a sus difuntos y, un poco, para sus matrimonios. Lo que menos valoran es la Eucaristía como acto fundante de vínculos fraternales y de unión con Dios. Si piden a los ministros celebración de misas es en relación con los difuntos o con el matrimonio. Tal modalidad de vida católica es más un consumo de culto, una religión, que la promoción del amor espiritual entre los hombres, y tiene sus días contados por la extensión de la modernidad a los sectores iletrados.

La Iglesia y la reforma agraria

La Iglesia católica de Colombia se dejó meter en el tema de la reforma agraria durante la campaña para la presidencia de la República en que estuvieron enfrentados como candidatos rivales del partido liberal el doctor Lleras Restrepo y el doctor López Michelsen. López, que despegó su campaña aliado al comunista Juan de la Cruz Varela, líder guerrillero, empezaba a flirtear con el ofrecimiento de la reforma agraria, a lo que

respondió Lleras nombrando un pomposo “Comité de Reforma Agraria” en el que puso al arzobispo de Bogotá, el cardenal Luis Concha Córdoba. López, que no se regala, y que en un programa de reforma agraria con socio comunista no tenía más perspectivas que la del ser el satélite, y se deshizo del socio y arrió la bandera, dejándole libre ese campo a Lleras, quien supo sacarle buenos dividendos electorales.

Digo que la Iglesia “se dejó meter” en ese tema porque la reforma agraria ha sido entre nosotros un anzuelo electoral más que un programa científicamente elaborado, y porque aún tomado en serio, es un tipo de problema en el que ni el arzobispo de Bogotá ni los demás obispos tenían competencia. En cuanto a los católicos “laicos” viven homogeneizados mayoritariamente con el capitalismo o, minoritariamente, con veleidades socialistas y revolucionarias.

La reforma agraria ha sido un incinerador de políticos en cualquier país latinoamericano en donde ha sido propuesta. Cuando ha parecido constituir un triunfo, como en el caso del General Velasco Alvarado en el Perú, lo que se ha quemado es la producción agrícola. La modesta reforma agraria de López Pumarejo, en 1936, disparó el proceso de migración campesina a las ciudades y la disminución vertical del productos “de pan coger”. La sorpresiva disminución de votos por el doctor Galán Sarmiento puede estar relacionada con un anuncio hecho durante su campaña de “repartir las tierras”. El campo es ya un negocio suficientemente malo en el estado actual de propiedad de la tierra y cualquier agitación sobre cambio en la tenencia de la tierra sólo incide sobre desestímulo de la inversión y de la tecnificación para la producción agropecuaria.

El campo colombiano está afectado por el economicismo al igual que todas las actividades pero con la desventaja de ser el peor negocio entre las distintas actividades. Todo mundo piensa que “hay que hacer algo” con relación al campo, pero como a nadie se le ocurre algo que no sea responder al economicismo de los campesinos sin tierra con programas de hacerlos propietarios, y todos los políticos temen quemarse en ese polvorín, las cosas siguen igual, con mala conciencia de las clases propietarias y resentimiento de los campesinos sin tierra. El tema termina dando para revolucionarios de escritorio, para campesinos reclutados por las guerrillas y para disminución de productos indispensables a la vida. Lo que haya de hacerse, para que sea factible y además provechoso para la comunidad, ha de ser pensado sobre el postulado de que “nada cambie para que todo cambie”, o sea, a contracorriente de la política.

El problema está en que el hombre moderno se ha politizado a tal punto que ni los cristianos piensan que se pueda hacer algo que no sea nadando en la dirección de las corrientes políticas. Las certezas y hasta los dogmatismos están del lado del economicismo y del poder. El cristianismo, que es primacía del amor sobre la economía y sobre el poder ha quedado sin espacio, ha dejado de ser creíble. La respuesta al problema comienza por creer en el cristianismo y llegar a hacerlo creíble. Si esa tarea no es la tarea de la Iglesia, ¿de quién podría ser?

El Poder y el Amor

El cristianismo ha sido un gran hecho histórico sin que lo haya sido como una de las fuerzas productivas, en el sentido en que hoy entendemos eso, pero lo ha sido en otras circunstancias, en otros tiempos. La producción es hoy el gran “signo de los tiempos”. El capitalismo y el comunismo le han tomado la ventaja, lo han desplazado a franjas marginales después de haber sido la vigencia en Occidente, por la referencia de ambos a la producción y el desligamiento de las Iglesias con la producción. La respuesta del cristianismo a este tiempo de capitalismo, de comunismo y de guerra entre los dos, no puede ser otra que la de una *producción cristiana*. La Iglesia sigue siendo en Colombia la mayor protagonista en cuanto asistencia a los pobres en las varias formas de “misericordia corporal”, pero hay que tener en cuenta que la asistencia ha pasado a la franja marginal desde que la modernidad se ha identificado con la justicia. Hay que tenerlo en cuenta sobre todo, porque la identificación de la modernidad con la justicia se ha producido en el contexto polémico del “¡No queremos caridad, sino justicia!” No se quiere tanto la justicia cuanto la descalificación de la caridad. Es en el interior de este movimiento donde se ha producido la sobrevaloración de la política y de los políticos contra la infravaloración del cristianismo y de las “personas consagradas”.

La conciencia cristiana y las personas que se identifican en esta conciencia podrían aceptar la situación de marginalidad. De hecho, la mayoría de las personas “eclesiásticas” (sacerdotes, religiosos, laicos piadosos) existen como marginales sin siquiera tomar nota de ello, o aceptándolo a pesar de saberlo. Sin embargo, sea o no tarea de la Iglesia intervenir en política, es cosa de todos los días que aparezcan obispos interviniendo en política, como ininterrumpidamente han venido haciéndolo para decir explícitamente que el voto es un deber moral, para apoyar, aunque sea en la forma negativa de indicar por quiénes no se debe votar, a determinados candidatos de los partidos políticos. La política ejerce tal atracción sobre miembros del clero, que muchos de los sacerdotes que se han retirado de su ministerio lo han hecho para poder intervenir sin ambages ni limitaciones en la política partidista; en el pasado de muchos revolucionarios, como es el caso del recientemente abatido Carlos Fayad, comandante del M19, se registra el paso por algún seminario. Desde Camilo Torres, no son pocos los que han pasado directamente a la subversión armada. Si tal es la situación de hecho, mejor es revisarla que ignorarla. Revisarla empezando por pensar que tales derivaciones desde el ámbito eclesial hacia el político no se deben a falta de verdadera vocación religiosa sino a una verdadera vocación.

La clave del equívoco puede estar en las prioridades; en lo que es primero y lo que es después; en lo que se asegura y lo que se deja en riesgo. La propuesta evangélica del “*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura*” (Mt 6, 33) no propone excluir las tareas propias a la existencia temporal y terrenal sino pasarlas al lugar de lo secundario, de lo que puede venir o no venir como ocurre con la “ñapa” o el “vendaje” en las compras, de lo que se deja en riesgo para atender a lo absolutamente necesario, a “lo único necesario”. Nadie pondría en duda que la intervención de Dios relatada en el Éxodo es una intervención con efectos políticos. Como tal ha sido invocada por la teología de la liberación para legitimar la intervención

de los teólogos en política. Sin embargo, esta lectura pasa por alto la diferencia que hay entre intervenir para preservar la vida desde el amor e intervenir para salvarla desde el poder. El amor es lo propio de Dios, lo exclusivo de Dios, mientras el poder es lo propio de los hombres y lo exclusivo de los hombres. Sin duda, en el Éxodo se produce un efecto político, la liberación de los israelitas del yugo egipcio pero por sobre este efecto político se produce la Alianza por amor, de Dios con los israelitas. La Iglesia no ha de temer que su acción produzca efectos políticos. Lo que desvía al cristiano es que, para buscar efectos políticos, renuncie a la vía del amor y se entregue a la del poder. “Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín. Obrando con amor, no importa el obtener efectos políticos favorables a la convivencia humana, a condición de que la producción de los mismos no condicione la acción pastoral, o de que sean leídos como único signo de eficacia en la acción. En política todo se pierde y nada se gana cuando se pierde el poder o cuando no se gana, mientras en la acción del cristiano todo se pierde y nada se gana cuando se pierde el amor o no se gana el amor.

La producción cristiana

El hallazgo que habría de inmortalizar a Marx y a Engels y marcar un giro en la historia del Occidente fue un hallazgo de sus encuestas sobre la producción industrial en la Inglaterra de mediados del siglo pasado. Fue el hallazgo de que la industria producía simultáneamente más utilidades que la artesanía y menos justicia en la distribución de los beneficios. Pío XI recogió este descubrimiento con la sentencia: “Mientras la materia sale dignificada de la fábrica, el obrero sale degradado” (*Quadragesimo anno*, 15-05-1931). Con la gran fábrica, el hombre daba un mejor tratamiento a la materia, una distribución más amplia a las mercancías, pero un trato a los hombres menos conforme a la condición de semejantes o prójimos. La producción socialista no cambió lo que era el fondo de esa falta contra la dignidad del hombre y contra su condición de semejante, pues aunque cambió la distribución de los beneficios hacia la nivelación, acentuó la desemejanza de los hombres y su desigualdad en cuanto al poder.

Una producción cristiana estará caracterizada por la simultánea producción de bienes necesarios a la vida y de relaciones de semejantes o de prójimos entre las fuerzas productivas. El enfrentamiento antagónico entre las fuerzas productivas como sujetos de derecho y de poder de la producción política es sustituido en la producción cristiana por el diálogo entre semejantes. Diálogo que no se propone como alternativa a los derechos y a las leyes que los objetivan (eso sería sustituir la convivencia civil por la fraternidad eclesial), sino por encima del reconocimiento de los derechos y la observancia de las leyes. “*Si te quitan la capa, entrega también el saco*” (Lc 6, 29). Si tu prójimo desconoce tu derecho quitándote la capa que te pertenece, agrégale más de ese derecho entregándole el saco que también te pertenece. Por encima de tu derecho o del de tu semejante esta el amor de Dios a ti y a tu semejante.